

“ **E**n su origen, en la antigua Grecia, las fronteras entre las ciencias y la filosofía eran indiscernibles; los primeros filósofos fueron también y sin contradicción físicos, biólogos, cosmólogos. El ejemplo mejor es el de Pitágoras: matemático y fundador de un movimiento filosófico-religioso. Un poco más tarde comienza la separación y Sócrates la consuma: la atención de los filósofos se desplaza hacia el hombre interior. El objeto filosófico por excelencia, más que la naturaleza y sus misterios, fue el alma humana, los enigmas de la conciencia, las pasiones y la razón. Sin embargo, no decreció el interés por la *physis* y los secretos del cosmos: Platón cultivó las matemáticas y la geometría; Aristóteles se interesó en las ciencias biológicas; Demócrito y el atomismo; los estoicos elaboraron un sistema cosmológico que tiene aspectos extrañamente modernos... Con el fin del mundo antiguo se precipitó la separación; en la Edad Media las ciencias apenas si se desarrollan y fueron más prácticas que teóricas, mientras que la filosofía se convirtió en sierva del saber supremo, la teología. En el Renacimiento comienza, de nuevo, la unión entre el saber científico y la especulación filosófica. La alianza no duró mucho: las ciencias conquistaron paulatinamente su autonomía, se especializaron y cada una se constituyó como un saber separado; la filosofía, por su parte, se transformó en un discurso teórico general, sin bases empíricas, desdeñoso de los saberes particulares y alejado de las ciencias. El último gran diálogo entre la ciencia y la filosofía fue el de Kant. Sus sucesores dialogaron con la historia universal, como Hegel, o con ellos mismos, como Schopenhauer y Nietzsche. El discurso filosófico se volvió sobre sí mismo, examinó sus fundamentos y se interrogó: crítica de la razón, crítica de la voluntad, crítica de la filosofía y, en fin, crítica del lenguaje. Pero los territorios que la filosofía abandonaba, las ciencias lo iban ocupando, del espacio cósmico al espacio interior, de los átomos y los astros a las células y de éstas a las pasiones, las voliciones y el pensamiento.

A medida que las ciencias se constituían y fijaban los territorios de su competencia, se desplegaba un doble proceso: primero, la progresiva especialización de los conocimientos; después, en di-

rección contraria, la aparición de líneas de convergencia y de puntos de intersección entre las diversas ciencias. Por ejemplo, entre la física y la química o entre la química y la biología. Por una parte, los límites de cada especialidad, el *hasta aquí* llega esta o aquella disciplina; por la otra, el *desde aquí* comienza un nuevo territorio que, para ser explorado, necesita del concurso de dos o más ciencias. En el último medio siglo se ha acelerado este proceso de cruzamiento de distintas disciplinas: el elemento *tiempo*, que había jugado un papel secundario, sobre todo en la física y la astronomía, se convirtió en un factor determinante. Primero, la relatividad de Einstein imprimió movimiento, por decirlo así, al universo de Newton, en el que el espacio y el tiempo eran invariantes. Después, la hipótesis del *big-bang* (o como la llama acertadamente Jorge Hernández Campos: *gran-pum*) introdujo al tiempo en la especulación científica: si el universo tuvo un comienzo, también tendrá, inexorablemente, un fin. O sea: el cosmos tiene una historia y uno de los objetos de la ciencia es conocer esa historia y contarla. La física se volvió crónica del cosmos. Nuevas preguntas se dibujaron en el horizonte, cuestiones que la ciencia, desde Newton, había desdeñado, tales como el origen del universo, su fin probable y la dirección de la flecha del tiempo: ¿está obligada a seguir la curvatura del espacio y así a volver sobre sí misma? Estas cuestiones, provocadas por el desarrollo mismo de la física, son sin duda, legítimamente científicas; así mismo, son de orden filosófico: "la cosmología contemporánea", dice un especialista, "es una cosmología especulativa"¹. Intersección de la ciencia más moderna y de la más antigua filosofía: las preguntas que hoy se hacen los científicos se las hicieron, hace dos mil quinientos años, los filósofos jónicos, fundadores del pensamiento occidental. Sometidas a la rigurosa crítica de la ciencia, estas preguntas hoy regresan y son tan actuales como en los albores de nuestra civilización. Ahora bien, si las pre-

1. Alam Lightman y Roberta Brower: *Origins*, Harvard University Press, 1990.

guntas que hoy se hacen los cosmólogos son las mismas del principio: ¿lo son sus respuestas?

[...]

Con extraordinaria presunción, algunos filósofos han decretado la muerte de la filosofía. Para Hegel, la filosofía se había "realizado" en su sistema; para su continuador, Marx, había sido sobrepasada por la dialéctica materialista (Engels sostuvo el fin de la "cosa en sí" kantiana, resuelta en producción social por la acción del trabajo humano); Heidegger acusó a la metafísica de "ocultar al ser"; otros hablaron de la "miseria de la filosofía". Con la misma arrogancia hoy podría hablarse de la "miseria de la ciencia". No lo creo. Mejor dicho: creo lo contrario. La gran lección filosófica de la ciencia contemporánea consiste, precisamente, en habernos mostrado que las preguntas que la filosofía ha cesado de hacerse desde hace dos siglos –las preguntas sobre el origen y el fin– son las que de verdad cuentan. Las ciencias, gracias a su prodigioso desarrollo, tenían que enfrentarse a esos temas en algún momento; ha sido una bendición para nosotros que ese momento haya sido nuestro tiempo. Es una de las pocas cosas, en este crepuscular fin de siglo, que enciende en nuestro ánimo una pequeña luz de esperanza. En 1954, en una carta a un colega, Einstein decía: "el físico no es sino un filósofo que se interesa en ciertos casos particulares; de otro modo no sería sino un técnico". Podría añadirse que esos casos particulares, en el transcurso de una generación, han revelado ser los centrales. En otra ocasión, al hablar de sí mismo y de su obra, Einstein escribió: "Yo no soy realmente un físico sino un filósofo e incluso un metafísico". Si esta frase hubiese sido escrita ahora, tal vez Einstein la habría formulado de un modo ligeramente distinto: "Soy un físico y por eso mismo soy un filósofo e incluso un metafísico". Juicio perfectamente aplicable a los cosmólogos especulativos contemporáneos Ψ

OCTAVIO PAZ

Octavio Paz. *La llama doble. Amor y erotismo*. Seix Barral, Biblioteca Breve, Barcelona, págs. 173 - 175 y 178 - 179.